



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A VENEZUELA,
ECUADOR, PERÚ, TRINIDAD Y TOBAGO

**VISITA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL GUASMO DE GUAYAQUIL**

Viernes 1 de febrero de 1985

Queridos hermanos y hermanas,

1. Correspondo con mi más cordial y afectuoso saludo a la cariñosa acogida que me estáis dispensando a mí llegada a este Guasmo. Me siento sumamente feliz de estar entre vosotros y pasar este tiempo en vuestra compañía. Desearía saludar personalmente a cada uno. Recibid todos el abrazo del Papa, que va en primer lugar a vuestros hijos, a los ancianos, a aquellos de vosotros que sufren por cualquier motivo.

El Apóstol San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto les decía: «¿Quién desfallece que no desfallezca yo?» (2 Cor. 11, 29). El sentía en su propia carne las necesidades, los sufrimientos y angustias de aquellos cristianos de su tiempo.

El Papa, que lleva sobre sus hombros la solicitud por todas las Iglesias, encuentra inspiración en esas palabras para acercarse con afecto y predilección a aquellos de quienes dijo el Señor: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Luc. 6, 20). En esta visita mía al Guasmo, quiero sobre todo poner de manifiesto el interés, la solidaridad, el amor del Papa por vosotros y por todos los desposeídos, los necesitados, los que luchan por un nivel de vida más digno y humano a lo largo y ancho de toda la querida nación ecuatoriana.

2. Os traigo un mensaje de esperanza, invitándoos a abrir los ojos, con mirada de fe, a vuestra dignidad interior. Os traigo la Buena Nueva de Jesucristo, que fue ungido «para evangelizar a los pobres», «para liberar a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor» (Luc. 4, 18).

Jesucristo amaba especialmente a los pobres, a aquellos que carecen de recursos, que no tienen voz y que no cuentan a los ojos del mundo, pero saben abrir su corazón a Dios y a su palabra.

Os digo más: Jesús se hizo libremente pobre con los pobres, pues como nos dice San Pablo «siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza» (2 Cor. 8, 9). Desde que nace en Belén hasta que muere en la cruz, el Señor mostró con su vida y predicación el camino de la sencillez, de la humildad, de la compasión por el necesitado. Jesús comprendía bien a los pobres y éstos lo comprendían a El.

3. Por ello, al venir a visitares en esta populosa zona periférica de Guayaquil, deseo acercarme a vuestras realidades y condiciones de vida, para alentares en vuestra condición cristiana y en vuestro anhelo de mayor dignidad humana. Como en mis precedentes viajes apostólicos a diversos países de América Latina, quiero hacer también aquí presente la voz de Cristo, en los guasmos y las favelas, en los «pueblos jóvenes» y las callampas, los tugurios y las villas miseria. Deseo impulsares hacia arriba y acoger en mí corazón vuestro «vía crucis», el de cada uno de vosotros, de vuestras familias, que desde los campos de todo el país dejaron un día sus lugares de origen, buscando mejores condiciones de vida, iniciando así un camino doloroso hacia la ciudad.

Puedo imaginarme las dificultades sin fin de vuestro asentamiento: precaria estabilidad, afanosa búsqueda de los materiales para construir una vivienda de emergencia, condiciones higiénicas y sanitarias insuficientes, ausencia de servicios públicos, etc. ¡Cuántas luchas para superar amenazas de todo tipo: explotación, caciquismo, demagogias, violencia, promiscuidad! ¡Cuántos desafíos para no dejaros seducir por campañas proselitistas, promovidas por grupos o sectas de poco contenido religioso, orientadas a haceros perder vuestra fe católica!

Esta mañana, queridos hermanos, quiero recoger todas esas lágrimas derramadas durante vuestro largo peregrinar, para ponerlas a los pies de Cristo, y que se conviertan en gracia salvadora para vuestras vidas, en conciencia viva y esperanzada de vuestra condición de hijos de Dios, en impulso a crecer en dignidad humana y en conciencia cristiana.

4. Es consolador para mí saber que desde vuestra llegada a estos asentamientos, que ahora son vuestros pobres hogares, habéis contado con el apoyo y el servicio de abnegados sacerdotes, religiosas y seglares que, dando testimonio admirable de amor cristiano, os han ayudado a superar vuestras dificultades, alentándoos en vuestros esfuerzos y legítimas aspiraciones.

En nombre de la Iglesia quiero manifestar aquí vivo aprecio y agradecimiento a todos esos apóstoles que, en los Guasmos y por toda la geografía del Ecuador, continúan sirviendo desinteresadamente a los hermanos. El Papa, junto con vuestros obispos, quiere hoy reiterar una vez más la opción preferencial de la Iglesia por los pobres. Una opción que no es exclusiva ni a nadie excluye, sino que, por el contrario, desea aunar el esfuerzo de todos en defender y

promover «la causa del pobre, de su dignidad, de su elevación, de su aspiración a una improrrogable justicia social» (*Homilía en Santo Domingo*, n. 5, 11 de octubre de 1984: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VII, 2 (1984) 882).

5. Pero deseo recordar también aquí que «no existe sólo la pobreza que incide en el cuerpo; hay otra y más insidiosa, que incide en la conciencia, violando el santuario más íntimo de la dignidad personal» (*A los Cardinales, a los miembros de la Familia Pontificia y a la Curia Romana*, n.10, 21 de diciembre de 1984: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VII, 2 (1984) 1631). Contra estas pobrezas la Iglesia quiere luchar con todas sus fuerzas, en favor de la promoción y defensa de la dignidad y de los derechos de la persona humana.

Por ello, quiero hacer una apremiante llamada a la conciencia de los gobernantes y responsables de la sociedad, así como a la de todos los católicos, particularmente de aquellos que cuentan con más medios o posibilidades de influjo, para que procuren un mayor equilibrio social y muestren aún más solidaridad con el necesitado y el que sufre, recordando las palabras de Jesús: «Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (*Matth.* 25, 40). Que nadie se sienta tranquilo mientras haya en el Ecuador un niño sin escuela, una familia sin vivienda, un obrero sin trabajo, un enfermo o anciano sin adecuada atención.

La Iglesia, por su parte, continuará su labor apostólica y asistencial, colaborando en cuanto esté en su mano para elevar la calidad de vida de todos los ciudadanos. Ella es consciente de que su misión propia es de orden espiritual, religioso, y de que sus riquezas son la gracia de Cristo. Pero desde la hondura y la exigencia del Evangelio, llama a sus hijos y moviliza sus fuerzas para compartir con el necesitado, en campo material y espiritual.

6. He sido informado, queridos hermanos, sobre el comportamiento ejemplar de personas y grupos de vuestras comunidades que, aun viviendo ellos mismos en la escasez, muestran su solidaridad generosa compartiendo con los más necesitados lo poco que tienen, asistiendo a los enfermos, ayudando a aquellos hermanos que han sido víctimas de catástrofes naturales y otras desgracias. Son gestos estupendos de testimonio cristiano que han de servir de modelo y estímulo para hacer de vuestras parroquias y comunidades lugares más acogedores, fraternos y habitables.

Sed así vosotros los primeros en *hacer lo que está en vuestro poder para mejorar vuestra situación*. Dios quiere que os elevéis en lo humano y en lo espiritual. Para ello tened principios claros de comportamiento. No vaciléis en decir NO a la explotación, venga de donde viniese, que os quiera convertir en objetos; NO al caciquismo que os quiera utilizar como simple clientela, en determinados momentos. Decid NO a la violencia que nada construye; NO a la hamponería, NO a la prostitución, NO a la pornografía, NO a la droga, NO al alcoholismo. Evitad la sensualidad y el desenfreno; recordad que sólo la familia monógama y la paternidad responsable según las normas de la Iglesia son cimientos de una sociedad ordenada. No olvidéis las viejas tradiciones

de austeridad, de religiosidad, de trabajo esforzado de vuestros hogares. Tened a Dios presente en vuestra vida. Educad cristianamente a vuestros hijos. Rechazad la indiferencia religiosa, las ideologías extremistas que predicán odio, venganza y ateísmo o que, desde otro ángulo, se ponen al servicio de despotismos, de la concupiscencia del poder o del dinero.

7. Queridos hermanos y hermanas: ¡Gracias por vuestra presencia aquí esta mañana! ¡Gracias por vuestra acogida y vuestro afecto! El Papa os lleva en su corazón y pide a Dios para vosotros el pan del cuerpo y del espíritu.

Que la Virgen Santísima nuestra Madre os proteja y acompañe siempre en vuestro caminar hacia el Padre. En su nombre os doy a todos con afecto la Bendición Apostólica.